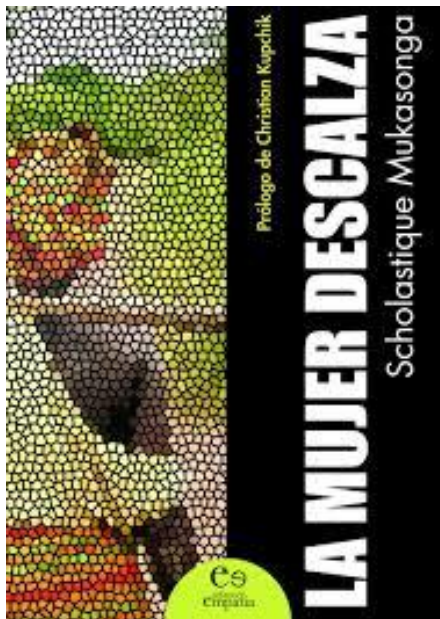


Una traducción de *La femme aux pieds nus* (*La mujer descalza*) de Scholastique Mukasonga

Sofía Irene Traballi
Universidad de Buenos Aires



En 2018 la editorial argentina Empatía –sello consagrado a la literatura africana contemporánea– me propuso traducir *La femme aux pieds nus* (Gallimard, 2008) de la escritora ruandesa Scholastique Mukasonga (Gikongoro, 1956). *La mujer descalza* elude las clasificaciones genéricas, situándose a equidistancia entre el relato autobiográfico, el testimonio histórico, la ficción y la descripción antropológica. La autora – perteneciente a la comunidad tutsi– narra en

este texto sus años de infancia transcurridos en uno de los campos de deportados creados por los hutus, quienes en 1961 tomaron el control del gobierno con apoyo de las autoridades coloniales belgas. Estos campos fueron

escenario de todo tipo de violencias, pero también del vehemente esfuerzo de las familias tutsis exiliadas por sobrevivir, por continuar con sus prácticas tradicionales a pesar del peligro constante y la escasez de recursos.

Esta cotidianeidad agridulce –en la que el dolor y el miedo se mezclan con momentos de sosiego o alegría– marca el tono de la narración. La “mujer descalza” del título no es otra que Stefania, la madre de la autora, asesinada por los hutus durante el genocidio de 1994 junto a otros treinta y seis miembros de su familia. A esa madre que hizo todo por salvar a sus hijos está dedicado el libro: la prosa de Mukasonga es, por ende, un último homenaje a Stefania, una última morada para su cuerpo ausente, jamás recuperado tras la masacre.

Se ha dicho que la traducción es una forma de mediación cultural, mediación que supone, por cierto, preservar la otredad del texto traducido. En *La mujer descalza* esta mediación se produce también al interior del relato, en la medida que la autora elige el francés como idioma de escritura *traduciendo* a esta lengua conceptos, vivencias y prácticas procedentes de otra cultura y otro marco lingüístico: la comunidad tutsi y el kinyarwanda de su infancia. No obstante, en este proceso de reexpresión de la experiencia en otra lengua, numerosísimas palabras y frases en kinyarwanda se cuelan en el tejido textual del francés, visibilizando la convivencia y la tensión entre el idioma del colonizador y el del colonizado. Sin duda, la decisión de integrar estos términos es política, pero también afectiva: como si la materia del recuerdo requiriera la presencia, el sabor y toda la gama de reminiscencias que encierran los significantes de la lengua materna, la que hablaba su madre Stefania.

Como traductora, *La mujer descalza* constituyó una verdadera aventura. La de sumergirme en un universo cultural muy diferente del mío; en un contexto histórico –el de Ruanda en los años 60– del que sabía muy poco; en la narrativa de una escritora que hasta entonces no conocía. Por este motivo, mi primer acercamiento al libro estuvo acompañado de imprescindibles lecturas acerca de la historia de Ruanda, al tiempo que procuré familiarizarme con la escritura de Mukasonga leyendo otros textos de su autoría y variados artículos –

académicos y periodísticos— sobre su obra. Esta “investigación preliminar” me aportó el bagaje cognitivo necesario para abordar satisfactoriamente mi labor.

Sin embargo, estas búsquedas no resolvieron todas mis dudas, y en algunos pasajes o descripciones subsistía, a pesar de todo, cierta incertidumbre interpretativa. Para ejemplificar la índole de mis inquietudes, quisiera mencionar un pasaje del capítulo décimo en el que la voz narradora — ciertamente aficionada a los implícitos— menciona a un hombre tutsi de “tez demasiado clara”, y agrega que, debido a esto, “su madre debió haber pasado una noche entera confesándose”, sin aclarar nada más al respecto. En este y otros casos, opté por comunicarme con la autora. Afortunadamente, Mukasonga respondió a todas mis consultas con gentileza y generosidad: así aprendí, por ejemplo, que en la Ruanda de la época —en la que los misioneros y otras autoridades católicas ejercían un fuerte control sobre la comunidad—, el hecho de que una mujer tutsi tuviera un hijo de tez clara dejaba suponer que había tenido relaciones con un hombre blanco, lo que era visto como un pecado grave.

Si toda traducción implica interrogarse acerca de los saberes y competencias del lector que la recibirá, durante mi trabajo imaginé un lector no familiarizado con la cultura y la historia de Ruanda. Basándome en este criterio, en el pasaje antes mencionado decidí incluir una nota a pie de página a fin de facilitar la información necesaria para la comprensión del implícito. En otros casos, el recurso a las notas tuvo como objetivo aportar referencias históricas o políticas, o hacer una aclaración acerca de algún término o expresión presentes en el original.

Una de las prioridades que guiaron mi trabajo fue respetar el estilo de Mukasonga, esa permanente oscilación entre el pathos trágico de la experiencia traumática y el liviano coloquialismo que caracteriza ciertos pasajes, cuando lo que se evoca es la peculiaridad de una costumbre o una anécdota graciosa. Cabe destacar, como ejemplo de esta impronta coloquial, el singular uso de los signos de exclamación aplicados al nombre de un personaje (“¡Félicité!”) o un lugar

(“¡Businiya!”): la exclamativa, con su fuerte efecto de espontaneidad y frescura, parece expresar aquí la súbita, dichosa irrupción del recuerdo en la memoria de quien relata. Sin perder de vista el compromiso con el sentido, procuré al mismo tiempo escuchar la melodía de la prosa, estar atenta a sus variaciones, conservar en la traducción la musicalidad que le es propia.

Entre las decisiones que debí tomar, me gustaría detenerme en la cuestión del género de los sustantivos en kinyarwanda presentes en el original. Curiosamente, aquellos comenzados en consonante eran siempre masculinos, y los comenzados en vocal (la mayoría) resultaban ambiguos: recordemos que en francés los artículos *la/le* se eliden cuando preceden a una vocal (*l'*), de modo que era imposible saber a qué género pertenecían términos como *l'uruteya* o *l'intofanyi* cuando no había un adjetivo o un participio asociado que permitiera desambiguar (casi nunca los había). Para obtener más precisiones, me comuniqué una vez más con la autora, quien me explicó que en kinyarwanda los sustantivos no poseen género gramatical. Frente a la necesidad de atribuirles uno al integrarlos en un texto en francés, ella había optado por asignarles a todos el masculino. Como esta solución no terminaba de convencerme (¿por qué todos masculinos?) y, en definitiva, esta característica del kinyarwanda me daba vía libre para elegir, opté por resolverlo de otro modo. A fin de alternar los géneros gramaticales, cuando existía para la palabra un equivalente en español (p. e., *intofanyi* significa “papa”), decidí atribuirle el género de su equivalente (la papa → *la intofanyi*). Cuando no existía equivalente (por ejemplo, en el caso de *les amasunzu*, un peinado típico de las mujeres tutsis), la decisión se basó simplemente en criterios de eufonía (*los amasunzu*).

Si elegí hablar aquí de mi traducción de *La mujer descalza*, fue porque esta obra me enfrentó a desafíos de diversa índole, como dejan ver los ejemplos mencionados anteriormente. En ese encuentro feliz y deslumbrado con la otredad del original y de la lengua de partida, en el trabajo apasionante y minucioso con la propia lengua y la versión propia que nace, dudé, revisé, corregí, y evalué pérdidas y ganancias de cada decisión tomada.